

FIN DE CURSO

Vicente Adelantado Soriano

“Esta es la verdadera academia, a saber, una reunión y una conformidad de hombres sabios, y al mismo tiempo buenos, reunidos para convertir en hombre de tal índole a quienes acudieran allí para aprender”

Juan Luis Vives, *Las disciplinas*.

Todos los años, cuando finaliza el curso, a maestros y profesores se nos da alguna charla o conferencia sobre los asuntos o los aspectos que están de moda en el mundo de la educación. Todos los años aparece algún pedagogo o teórico de la educación que, con la mejor de las intenciones, nos ofrece las últimas novedades didácticas para ponerlas en práctica en las aulas a fin de que todo funcione mejor. Al parecer, haciendo cuanto dicen, apoyados por gráficos y estadísticas, vamos a conseguir que los alumnos rindan más, sean más competentes y hasta más felices y asertivos. Pese a la buena voluntad de todos los implicados en las aulas, los alumnos, curso tras curso, siguen igual o peor. El escepticismo, pues, campea entre los profesionales.

Quizás sea así porque el problema de fondo está en que nunca se plantea la verdadera cuestión que es, por otra parte, un problema social y no sólo de la escuela. Pues a ésta se le está exigiendo tanto que se ha olvidado ya cuál es su verdadera misión. Al mismo tiempo está sufriendo excesivas intromisiones, dejando mucho que desear la inmensa mayoría de ellas.

Todos los finales de curso algunos maestros y profesores nos planteamos si estas charlas, con sus correspondientes gráficos, rotuladores de colores y demás parafernalia, no son sino meros pretextos para no hacer nada y dejar que todo continúe exactamente igual. Pues todavía en ninguna conferencia o charla nadie ha preguntando, antes de comenzarla, cuáles son las carencias del centro o sus problemas específicos. Y, por cierto, y ya

que se habla en público, estaría muy bien que comenzáramos a cuidar el lenguaje un poco. Ya cansa tanto “marcharos”, “reuniros”, “esperar fuera” y “vamos a la aula”, por poner unos pocos ejemplos.

Los conferenciantes siempre comienzan a hablar, por supuesto que con su ordenador y su *powerpoint*, dibujando un paisaje idílico que les evita analizar la realidad social de cada centro. Es curioso que algunas de estas personas consideren como el grado sumo de la necesidad, es imposible ser más modernos, que el mismo libro de texto se utilice en Galicia que en Andalucía. Eso les parece una aberración. Y, sin embargo, ni se plantean que no se pueden aplicar las mismas técnicas didácticas en un centro que en otro, o en una clase, del mismo centro, que en otra. Y de verdad, del hecho diferencial estamos ya un poco hartos. ¿Acaso Rosalía de Castro o Pérez Galdós no pueden figurar en los mismo libros en Santiago de Compostela que en León? ¿Por qué? Semejante planteamiento recuerda aquella necesidad de hace algunos lustros: ve y explícale a los americanos la poesía de Antonio Machado, decía alguien siempre sonriendo con pena o autosuficiencia. Pero nosotros, por supuesto, entendemos a la perfección a Walt Whitman y la novela negra, y todo lo que se nos ponga por delante. Eso es, sencillamente, negar la capacidad de imaginación del otro. O hacer que los autores enarboles banderas que nunca soñaron.

E imaginamos, nada ingenuamente, que se multiplica igual en Santiago de Compostela que en Córdoba. Pueden cambiar las tácticas, pero no el fondo.

En Educación, como en otros muchos menesteres, comienzan a haber ya demasiadas cosas que se dan por sabidas, por verdades ciertas y asentadas, y que no lo son. Es éste un grave problema. El otro es intentar estar a la moda, al día. Con lo cual el profesor se convierte, se ha convertido, en un cajón de sastre. No hace mucho cualquier leve pelea entre dos chicos ya no era una leve pelea, era acoso, dicho en inglés, claro, porque así quedaba más oscuro y terrible. Y el profesor tenía que cuidar cualquier conversación entre alumnos: vigilarlos como un agente secreto infiltrado, pues había que prevenir... Inútil es preguntarse cuándo se da clase.

La propuesta de hoy, falsamente actual, es que hay que educar para la vida y no para la escuela. Es una propuesta o crítica muy antigua. Mucho. De la época de Séneca como mínimo. Sí, y tomándola en serio, y como pretende esta nueva visión, se pueden enseñar muchas competencias básicas, pero el alumno, a su vez, tiene que superar un examen final, sin olvidar la prueba de acceso a la universidad. Y una vez en la Universidad se va a ver sometido a muchos más exámenes ¿De qué competencia hablamos entonces? ¿De la suya como alumno que tiene que superar pruebas o de persona capaz de cruzar una calle por el paso de cebrá y cuando no pase ningún coche? ¿No será que estamos confundiendo las normas de la sociedad con los conocimientos que se imparten en la escuela? Si le pedimos a ésta que se adapte a la realidad, o definimos bien qué es la realidad, o entendemos que las integrales, por ejemplo, no sirven para nada. Ni la sintaxis ni los comentarios de texto. No son útiles para ir de viaje, ni para relacionarse con nadie.

La escuela, por otra parte, nunca ha estado alejada del mundo real. ¿De dónde salían los arquitectos romanos? ¿Y los ingenieros? ¿Cómo no se va a ocupar la escuela de la realidad? ¿Acaso sus profesores son extraterrestres y no comen y tienen hipotecas y atrasos por cobrar? Todos estos conceptos deberían definirse muy bien, o dejarlos estar tranquilos.

Cuestión diferente es que se le pida a la escuela que desempeñe el papel que los padres, por el problema que sea, no realizan, que es el de primeros educadores. Quizás por jornadas de trabajo excesivamente largas, por necesidad de tener que trabajar los dos, por lo que sea. Pero se le está cargando a la escuela con problemas que no es que no le conciernan, sino que ella, por sí, no puede solucionar.

El resultado claro de la lectura de estos planteamientos de fin de curso es la dejadez que hay por parte de muchos padres, y del gobierno, de sus propios hijos. Le exigen entonces a la escuela lo que ellos no quieren dar a sus vástagos. Porque educar es una tarea difícil y complicada, y que muchas personas no saben ni en lo que consiste. No nos vamos a meter ahora en la cuestión socrática de si la

virtud, en sentido clásico, se puede enseñar o no; pero si está claro que no puede enseñar areté aquel que no la tiene. Y aquí surge otro de los graves problemas de la Educación: la desatención por parte de muchos padres. Disfrazada, por supuesto, con la aparición el último día de clase, el de la entrega de las notas, y las salidas de tono porque su hijo no ha aprobado.

Este es otro de los signos claros del fin de curso: la aparición de los padres por aulas y pasillos. Cuando ya nada tiene solución.

De la inmensa mayoría de estas charlas y de todo cuanto está sucediendo, en los centros y en la calle, se saca la clara conclusión de que la Educación no le interesa a casi nadie. Los partidos políticos han aprovechado las leyes de educación como arma arrojadiza para lograr votos. Les interesa muy poco la formación de la juventud y las carencias de los institutos, colegios o universidades. El ejemplo más claro y contundente lo tenemos en Valencia con la estupidez, por parte del *Conseller*, de que se imparta una asignatura en inglés. Sin palabras. Por supuesto que ha tenido en cuenta los profesores que la pueden impartir: tres o cuatro. Sabemos todos lo que quiere conseguir. El resto es retórica.

Los padres, en su inmensa mayoría, coherentes con el sistema, no desean sino que sus hijos aprueben y no les produzcan quebraderos de cabeza. Mientras, ni los privan de nada ni les exigen el más mínimo esfuerzo. Por ejemplo, por el hecho de que esté pagando una academia, o un profesor particular, ya es suficiente razón para que el hijo apruebe, y lo haga con nota. El estudio, la lectura y la comprensión nunca se plantea. Es más fácil cuestionar al profesor y llenarlo de charlas y conferencias. Todos los años aparece algún doctor Dulcamara ofreciendo el famoso elixir.

La educación es cuestión de todos. Y lo primero que tenemos que hacer es preguntarnos a dónde queremos ir. Claro, poco se puede hacer cuando los sistemas educativos se convierten en armas arrojadizas, y un *Conseller* de educación se presta a un necio juego en el que priman más, cómo no, sus intereses políticos que el cumplimiento de la ley. Sócrates revivido.

El sistema educativo, para funcionar bien, no tendría que cambiarse cada cuatro años, ni depender del partido en el poder, sino que debería ser el consenso de todos a fin de alcanzar ciertas metas. *“La premisa más importante de toda educación es la estabilidad de las normas y la permanencia de las instituciones del estado que han de velar por la buena tradición.”*¹

Y sí, los padres se tienen que involucrar en la educación, lo cual no quiere decir, como se les ha dado a entender, que tengan todo el derecho del mundo a gritar y cuestionar a los profesores, cuando, al parecer, jamás se cuestionan su actuación como padres y primeros educadores, pues el hombre, no lo olvidemos, aprende por mimesis. Y muy a menudo en la escuela se reproducen las conductas que se ven en casa, la prepotencia y el desprecio por ejemplo. Y también las buenas maneras y la educación.

Rara es la charla de fin de curso en la que a los profesores no se nos echa en cara el que no hayamos estudiado libros de didáctica. Lo deberíamos hacer. Pero también todos aquellos que quieren involucrarse en la educación. Salvo que ese involucrarse, como sucede en la mayoría de los casos, sea para exigir a la escuela lo que no se hace en casa ni en sociedad.

Lo más descorazonador de todo esto es que todo, aunque parezca lo contrario, sigue igual: hace ya muchos años los maestros tenían muy claro que si el niño aprobaba es porque era muy inteligente, y si suspendía era porque el maestro no servía para nada. Ahora, si suspenden, el profesor les tiene manía, y no sabe ni lo que se lleva entre manos, y si aprueban y pasan en la ESO, pero suspenden en la prueba de acceso, los han preparado muy mal. Es lo típico de las profesiones en la que se está de cara al público.

Los fines de curso se caracterizan, pues, por la aparición, en los centros, de los conferenciantes. Y de los padres. Unos prometen y otros exigen. Nadie tiene en cuenta la realidad de la que parte y con la que se trabaja. A veces parece que estamos en el mundo de los alquimistas. Sabiendo, como se sabe, que no se puede sacar oro del

¹ Werner Jaeger, *Piadeia*, Sexta impresión, Madrid, 1981, p.1.063

plomo, y que hay mucha gente empeñada en conservar éste.

“No hay vuelta de hoja, la sabiduría hace a los hombres buenos, la sabiduría fingida nos hace muy malos, ya que lo que no pueden conservar con buenas artes lo defienden con engaño y maldad.”²

Creo que deberíamos reflexionar todos, y ponernos de acuerdo en qué es lo que queremos conseguir. Y dejar de utilizar los sistemas educativos como armas arrojadas o sistemas defensivos de la pasividad. Los profesores nos merecemos un poco de respeto. Como también se lo merecen los alumnos. Deberíamos dejar de mentirles, y hacerle ver que cualquier cosa que nos propongamos cuesta trabajo y esfuerzo. Y animarlos a trabajar y a esforzarse. Todo lo demás no es sino adornar fracasos y mentirles. Si quieren comprender algo, lo tendrán que estudiar. Y estudio es esfuerzo y horas de hacer codos, consultar libros y resolver problemas. No se gana una carrera pedestre yendo la tarde anterior, sin haber entrenado, a comprarse las mejores zapatillas del mercado.

² Juan Luis Vives, *Las disciplinas*, Valencia, 1997. I, p. 97